

TULA XICOCOTITLAN: HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA*

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Daré principio con una reflexión acerca del vocablo *Tollan* o, castellanizado, Tula. Es ésta una palabra con varias connotaciones. Derivada de *tollin* (junco o carrizo), *Tollan*, con el sufijo locativo abundancial *-tlan* o, por asimilación, *-lan*, significa lugar donde proliferan los carrizos, lugar donde hay tulares. De esta connotación se derivó la de lugar “donde abunda el agua”, que es el medio en el que prosperan los carrizos o tules. Connotación relacionada con la anterior vino a ser la de lugar en el que puede desarrollarse un grupo humano al disponer allí de cuanto hace posible el agua.

En ocasiones a la palabra *Tollan* se le antepuso el adjetivo *huey*, que significa grande: así se formó la expresión *Huey Tollan*. Hay testimonios que muestran que así se nombró a la ciudad ubicada cerca del monte Xicócoc, o sea *Tollan Xicotitlan*. Esa población en tiempos prehispánicos existió muy cerca de donde se halla la moderna Tula, en el estado de Hidalgo. También se aplicó una designación paralela a otras ciudades o metrópolis. Tal fue el caso de *Tollan Teotihuacan*, *Tollan Cholollan* y *Tollan Tenochtitlan*.

Idea subyacente en el empleo del vocablo *Tollan* fue denotar que en el correspondiente lugar, por ser propicio al desarrollo humano, su población llegó a ser considerablemente grande. Y precisamente en relación con *Tollan Xicocotitlan*, dada la creatividad de sus pobladores, conocidos como toltecas, se acuñó el vocablo *toltecatoyotl*, que significó el conjunto de las creaciones culturales alcanzadas por ellos.

De esta consideración se desprende un elemento al que conviene atender. Éste se relaciona con la forma como se concibió en Mesoamérica y en otros lugares del mundo, el surgimiento de la vida urbana. En lengua ñahñú u otomí, hablada por gentes establecidas también en el altiplano central de México, *Tollan* se tradujo como *Manenhi*, vocablo con el cual se alude a un lugar donde viven muchos.

* Texto revisado de la conferencia dada en El Colegio Nacional el 15 de mayo de 2008, dentro del ciclo sobre “Grandes Ciudades del Centro de México” en el que participaron también los doctores Linda Manzanilla y Eduardo Matos Moctezuma.

Y si buscamos paralelos semánticos en contextos culturales muy apartados en el espacio y el tiempo, cabe aducir el caso de la palabra *polis* (ciudad), en griego. Se deriva ésta de la raíz indoeuropea *pel o*, por alternancia vocálica, *pol*. De ella se forman numerosas palabras como *poloi*, que significa (muchos). Así, la palabra que significó ciudad, *polis*, denotó originalmente el lugar donde viven muchos.

Puede entreverse, en consecuencia, que son condiciones para el surgimiento de la vida urbana, además de un ámbito natural propicio a ella, el desarrollo de una población considerablemente grande. Ayudará esto también a comprender por qué, en los textos indígenas y en varias crónicas del periodo novohispano, se calificó de *Tollan* a la más antigua Tollan Teotihuacan y también al establecimiento posterior de Tollan Xicocotitlan, ambas metrópolis de las que se dice que tuvieron una población relativamente muy grande para su tiempo.

Ahora bien, debido al empleo en varios antiguos testimonios de los vocablos *Tollan* y *toltecas* con referencia a la metrópoli teotihuacana, durante mucho tiempo se consideró que era ella la Tula por excelencia. Debemos a fray Juan de Torquemada el haber señalado en su *Monarquía indiana*, escrita a fines del siglo XVI, que este vocablo se adjudicó a varias poblaciones:

Sólo digo que tolteca quiere decir hombre artífice, porque los de esta nación fueron grandes artífices, como hoy día se ve en muchas partes de esta Nueva España y las ruinas de sus principales edificaciones, como es el pueblo de San Juan Teotihuacán, en el de Tula y Cholula y otros muchos pueblos y ciudades.²

Además de relacionar esas y otras ciudades con los toltecas en cuanto grandes artífices, Torquemada distinguió expresamente entre Teotihuacan y la que llamó simplemente Tula. Respecto de ésta añadió enseguida algo que se registra en otras fuentes como los *Anales de Cuauhtitlán* y el *Código florentino*. Ello es que quienes fundaron Tula estuvieron antes en Tulancingo. A la luz de esto y de lo que han transmitido otras fuentes, resulta extraño que durante mucho tiempo se pensara que Teotihuacan era la metrópoli tolteca por excelencia, si no es que la única, desentendiéndose casi por completo de la Tula en la cual se decía que había gobernado Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl. Ello, no obstante la abundancia de los testimonios documentales que hablan de dicha metrópoli y de su importancia histórica. Pareciera,

² Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, 7 v., edición de Miguel León-Portilla y otros, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, t. I, p. 55.

según esto, que fue muy escasa o nula la atención que, también por largo tiempo, se concedió a las citadas fuentes.

En relación con Tula Xicocotitlan hay testimonios en náhuatl, que más adelante citaré, que refieren cómo los mexicas, adueñados ya de la región donde estuvo esa ciudad, acudían a ella y descubrían objetos que pertenecieron a sus habitantes. De esos mexicas podría decirse que fueron una especie de protoarqueólogos.

LOS PRIMEROS RECONOCIMIENTOS

No fue sino hasta el último tercio del siglo XIX cuando se llevó a cabo un reconocimiento de la región de Tula. El distinguido historiador Antonio García Cubas, con un pequeño grupo de colaboradores, se trasladó allí comisionado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. En el informe que rindió y que se publicó en el *Boletín* de dicha sociedad en 1873, con el título de “Ruinas de la antigua Tollan”, dio cuenta él de lo que pudo encontrar allí: entre otras cosas, varios fragmentos de esculturas, como los fustes de columnas y un disco solar. También localizó e hizo entrega de la figura en piedra de un felino y de parte de un friso con imágenes de guerreros.

Conociendo tal vez el informe de García Cubas, el francés Desiré Charnay pocos años después se trasladó a Tula. De sus hallazgos, varios de ellos fruto de excavaciones, habla en su libro *Les anciens villes du Nouveau Monde*, publicado en París, en 1885. Sus exploraciones en Tula, más amplias que las de García Cubas, le permitieron descubrir algunas esculturas, entre ellas un anillo de uno de los juegos de pelota, así como la parte inferior de la que consideró que era una enorme cariátide o atlante. Excavó además el que llamo “palacio tolteca”, fuera del recinto ceremonial, y estableció algunas comparaciones entre sus hallazgos y varias esculturas conservadas en Chichén Itzá. A Charnay se debió también un primer plano tentativo del recinto central de Tula.

Hubo de transcurrir cerca de medio siglo hasta que José Mújica y Díez de Bonilla realizó otro somero reconocimiento. Resultado del mismo fue el hallazgo de cuatro estelas con bajorrelieves de guerreros, esculturas que entregó al Museo Nacional. Tales hallazgos vinieron a ser una especie de fermento que provocó el interés de algunos historiadores y arqueólogos. Se propusieron ellos esclarecer si la Tula ubicada en el estado de Hidalgo guardaba o no relación con la metrópoli tolteca de la que hablan las fuentes documentales.

Pionero en tal empeño fue Wigberto Jiménez Moreno. A un recorrido que llevó a cabo en Tula en 1958, siguió otro realizado por

Alfonso Caso, Ignacio Marquina, Mario Mariscal y el propio Jiménez Moreno. Poco después, al celebrarse la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología en 1941, en el castillo de Chapultepec, varios de los ya mencionados y otros debatieron sobre si Tula en el estado de Hidalgo o Teotihuacan era la metrópoli a la que se referían testimonios indígenas como los *Anales de Cuauhtitlán* y los textos en náhuatl del *Códice florentino* de fray Bernardino de Sahagún.

EL CONSENSO ALCANZADO EN RELACIÓN CON TULA

Prolongada fue la discusión sobre la ubicación de Tula Xicocotitlan, tanto en el espacio y en el tiempo, como acerca de sus relaciones con Teotihuacan, con base en diversos testimonios. Al fin condujo ella a la conclusión de que la Tula de la que hablan las fuentes era la situada en las inmediaciones del cerro Xicócoc, en el actual estado de Hidalgo. Esto, a pesar de que algunos estudiosos mantuvieron ciertas dudas. Sostuvieron ellos, y aún hay alguno que continúa haciéndolo, que la grandeza atribuida por los textos indígenas a la metrópoli nombrada Tula correspondía a Teotihuacan, a la que también se había aplicado como calificativo el nombre de Tula.

Hoy, a la luz de los trabajos arqueológicos realizados en Tula, se ha confirmado lo sostenido en la mencionada mesa redonda. La Tula de la que hablan las fuentes sin duda alguna se ubica en un ámbito geográfico en el que pueden reconocerse accidentes como montes y un río, a los que aluden las fuentes. Ese ámbito se halla contiguo a la moderna ciudad de Tula. Además, las investigaciones que se han realizado han llevado a concluir que, en el tiempo, Tula debe situarse en una historia de larga duración y, en el espacio, en un ámbito mucho más extenso de lo que se pensaba.

Mencionaré aquí algunos de los principales testimonios históricos y legendarios relacionados con lo descubierto por la arqueología que muestran además que Tula Xicocotitlan es la primera metrópoli del altiplano central de la que hay referencias escritas.

LOS TESTIMONIOS HISTÓRICOS Y LEGENDARIOS PROCEDENTES DE LA REGIÓN CENTRAL DE MÉXICO

Los testimonios escritos o jeroglíficos en varias fuentes son relativamente abundantes. De esas fuentes puede decirse que hay seis en náhuatl de muy grande interés: una la proporcionan varios capítulos

de los libros III y X del *Códice florentino*. Otras fuentes son los *Anales de Cuauhtitlán* y la *Leyenda de los soles*, así como la *Historia tolteca-chichimeca*, las *Relaciones* de Chimalpáhin y un poema en el manuscrito de los *Cantares mexicanos*, conservado en la Biblioteca Nacional de México. Además, tanto el *Códice Vaticano A* como el *florentino*, incluyen imágenes relacionadas con Quetzalcóatl y Tula.

A estos testimonios deben sumarse numerosos relatos escritos en castellano. Entre ellos están la “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, la “Relación de la genealogía”, la *Historia de las Indias* de fray Diego Durán, la *Historia de los indios de Nueva España* de fray Toribio de Benavente Motolinía; algunas de las relaciones de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, hasta llegar a la *Monarquía indiana* de fray Juan de Torquemada. Otro escrito que merece ser mencionado es el que se conserva en francés con el título de “Histoyre du Mechique”. En él se incluye una temprana versión a dicha lengua de lo que parece haber sido parte de los testimonios allegados por fray Andrés de Olmos en sus pesquisas emprendidas en 1533.

No siendo posible ofrecer aquí una exposición y análisis de este caudal de testimonios, ensayaré una síntesis de lo más pertinente que puede encontrarse en ellos. Comenzaré aduciendo un texto en náhuatl que habla de la atracción que experimentaban los mexicas por lo que podían descubrir en el sitio donde había existido Tula. De este texto, recogido por Sahagún, cabe reiterar que en él tenemos una muestra de lo que fue un interés protoarqueológico en los tiempos prehispánicos:

Auh inin ahmo zanyio umpa in neci in innezca tolteca, in intzacual, in intlatel in ompa mihtoa Tullan in Xicocotitlan, zan huel nohuian in quitzacutimani, ca mohuian neci in intapalcauh, in incon, in intexolouh, in inenemeuh, incoconeuh, in inmacuex. Nohuian ca in innezca, inpampa ca cenmantoca in yehuantin tolteca.

Y no sólo se ven allí vestigios de los toltecas, de sus pirámides, sus montículos, allá donde se dice Tula Xicocotitlan, sino que por todas partes están enterrados sus tepalcates, sus jarros, sus tejolotes, sus figuras de mujeres y de niños, sus brazaletes. Por todas partes hay restos porque los toltecas estuvieron en muchos lugares.³

En el mismo relato de donde procede este texto hay otras menciones de la existencia de los vestigios dejados por los toltecas. Citaré uno. Su interés proviene de que expresamente se dice que en tiempos

³ *Códice florentino*, 3 v., México, Archivo General de la Nación (México), 1975, v. III, libro X, f. 116r.

mexicas, algunos que iban a Tula excavaban en busca de vestigios toltecas:

Auh in toltecatapalcatl itto, auh ano in tlalla in tolteca caxitl, in tolteca comitl. Auh miecpa ano in tlallan in tolteca cozcatl, in macuextli, in mahuiztic in chalchihuitl, in teuxihuitl.

Se ven allí tepalcates y hay jarros y ollas de los toltecas, muchas veces también se sacan de la tierra collares y brazaletes muy bellos, jades y otras cosas.⁴

Quedó además la memoria de logros culturales que constituyen la *toltecayaotl*, es decir, el conjunto de creaciones, reales o imaginarias, de los toltecas. Hablan asimismo acerca de Quetzalcóatl, haciendo clara distinción entre el dios de tal nombre y el sacerdote y gobernante de Tula:

Los toltecas eran sabios en las cosas divinas. Uno sólo era el dios al que invocaban, al que se dirigían. Su nombre era Quetzalcóatl. Y su ofrendador, su sacerdote, se llamaba también Quetzalcóatl. Era éste muy sabio en las cosas de dios y todo lo que les decía a los toltecas, ellos lo hacían.⁵

Más adelante, al hablar de la historia de los mexicas, el mismo texto recuerda la salida de algunos toltecas con rumbo a Chicomóztoc, donde se dice que hacían ofrendas. El relato añade que de allí pasaron a Tollantzinco, es decir, la pequeña Tula, donde muy cerca erigieron un templo que se llamó Huapalcalli o, como hoy se conoce con el sufijo locativo, Huapalcalco. El mismo testimonio expresa que algunos toltecas fueron a buscar allí a Quetzalcóatl para que los gobernara en Tula. Registrando varios accidentes geográficos, menciona al cerro Xicócoc y refiere que el palacio de Quetzalcóatl estaba no muy lejos de un río, el que hoy se nombra de Tula.

Todo esto, aunque con otras palabras, lo corroboran los *Anales de Cuauhtitlán*. Se menciona en ellos que en un año 1-Ácatl (1-Caña) nació Quetzalcóatl, hijo de Mixcóatl y de Chimalma. Dos versiones legendarias existen sobre el lugar donde ello ocurrió. Una es que fue en Culhuacán; otra en las inmediaciones de Xochicalco. El texto añade que años después llegó él a Tollantzinco donde, coincidiendo con el *Códice florentino*, se dice que erigió el templo llamado Huapalcalco,

⁴ *Ibid.*, f. 114v.

⁵ *Ibid.*, f. 118v.

al que, como ya se dijo, acudieron los toltecas para llevarlo a Tula y hacerlo su sacerdote y señor.⁶

Una y otra fuentes coinciden luego ponderando la grandeza de los palacios de Quetzalcóatl, así como su proverbial sabiduría. Acudiendo además a la que se conoce como *Leyenda de los soles*, y también a un poema del manuscrito de los *Cantares mexicanos* y a las pictografías del *Códice Vaticano*, podemos enterarnos de la confrontación de Quetzalcóatl con los seguidores de Tezcatlipoca y de su ulterior huida hacia Tlillan Tlapallan, el lugar de las tintas negra y roja, con su final desaparición por el oriente. Acerca de otra confrontación que culminó con la ruina de Tula, habla la *Historia tolteca-chichimeca*.

TESTIMONIOS ORIGINADOS EN EL ÁREA MAYENSE

De lo que luego ocurrió tratan varias fuentes en lenguas mayenses. El señor Quetzalcóatl, que se conoció entonces como Kukulcán y Gukumatz, aparece respectivamente en Yucatán y en Guatemala. Y tan grande llegó a ser su renombre que se consideraba que de él provenía la legitimación del poder, tanto entre los mayas como entre los mixtecos.

Fray Diego de Landa expresó acerca de la presencia del que llamó Kukulcán:

Es opinión entre los indios que, con los itzaes que poblaron Chichén Itzá reinó un gran señor llamado Cuculcán y muestra ser esto verdad el edificio principal que se llamó Cuculcán y dicen que entró por la parte del poniente y que difieren si él entró antes o después que los quichés.⁷

En el caso de Yucatán puede citarse, como otra muestra de tradición indígena, el *Chilam Balam de Chumayel*. Al consignar lo ocurrido en un Katún 4-Ahau dice:

Este katún se estableció en Chichén Itzá. Allí los itzaes fueron a quedarse. Vendrá el ave quetzal, el pájaro verde vendrá [...] Kukulcán con vómito de sangre habrá de venir. Kukulcán vendrá por segunda vez.⁸

⁶ *Anales de Cuauhtitlán*, f. 4.

⁷ Fray Diego de Landa *Relación de las cosas de Yucatán*, edición de Ángel María Garibay, México, Porrúa, 1959, p. 12.

⁸ *Chilam Balam de Chumayel*, edición de Ralph L. Roys, Norman, University of Oklahoma Press, 1967, p. 161.

En el *Popol Vuh* se refiere que tres antepasados del pueblo quiché marcharon al oriente para recibir de Nácxit Topiltzin “las investiduras del reino”. Asimismo, se refiere que a esos quichés les fueron entregadas “las pinturas de Tula, aquello en que ponían sus historias”.⁹

En lo que concierne a los mixtecos de Oaxaca, Quetzalcóatl tiene como nombre calendárico el de 9-Viento. Aparece éste en los códices *Vindobonense*, *Nuttall*, *Bodley*, así como en el *Rollo Selden*, en relación unas veces con el dios Quetzalcóatl y otras con el sacerdote y gobernante del mismo nombre. Alfonso Caso identificó el glifo de Tula, que aparece como el sitio donde se consagraba a los reyes.

LOS RELATOS Y LOS HALLAZGOS DE LA ARQUEOLOGÍA

Varias de las fuentes mencionadas coinciden en la afirmación de que Ce-Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl fue concebido en forma portentosa por Chimalma. Respecto del lugar de su nacimiento poco es lo que dicen, aunque hay relatos posteriores que hablan, bien sea de Culhuacán, o de un sitio cercano a Xochicalco.

Las fuentes indígenas coinciden también con los hallazgos arqueológicos. Así, respecto de la llegada de Quetzalcóatl a Tulancingo en cuyas inmediaciones edificó un templo llamado Huapalcalco, la arqueología ha reconocido la existencia de una pirámide en dicho lugar. Los relatos añaden que, después de varios años, en los cuales Quetzalcóatl vivió allí en retiro, grupos de los que las fuentes llaman toltecas fueron a buscarlo para que los gobernara. Implica esto que ya existían uno o varios asentamientos en lo que luego fue el área de Tula. Concuerda ello con los descubrimientos arqueológicos que muestran que, un poco al norte de Tula, hubo varios núcleos de población, entre ellos uno que Eduardo Matos Moctezuma ha llamado “Tula Chico”. La arqueología muestra que ese asentamiento se desarrolló entre los años 650 y 850 d. C.

Durante ese periodo, la presencia de cerámica de tradición Coyotlatelco permite inferir, como lo han hecho Matos Moctezuma, Mastache y Cobean, una cierta relación con la fase última de Teotihuacan. Y hay que notar que los núcleos culturales que entonces se formaron se organizaron en torno a plazas con edificaciones ceremoniales con características propias que, en algunos casos, fueron precursoras de lo que sería más tarde Tula.

⁹ *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, traducción de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, p. 218-219.

En la que se ha descrito como área circundante de ésta, además de Tula Chico, se desarrollaron otros varios núcleos, entre ellos los conocidos como La Mesa, Magoni, El Águila y Atitalaquia. En estos y otros lugares se han localizado piezas de cerámica Coyotlatelco, si bien con variados diseños y decoraciones. A la luz de todo esto, cabe preguntarse si fue de alguno de esos sitios de donde partieron quienes, según se refiere, fueron a buscar al personaje que coinciden las fuentes en llamar Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl.

Si esos llamados toltecas procedían de Tula Chico, cabe decir que su asentamiento tenía ya una duración de al menos dos siglos, periodo que los arqueólogos han dividido en dos fases, las conocidas como Prado y Corral. Durante esta última —entre 750 y 850 d. C.— hubo en Tula Chico edificaciones que le confirieron un carácter religioso y urbano. En cierto modo se desarrolló en ese lugar un próximo antecedente de lo que sería luego la metrópoli de Tula.

Si se da crédito a las correlaciones cronológicas propuestas por Walter Lehmann en su edición de los *Anales de Cuauhtlilán*, fue en un año 6-Conejo, correspondiente a 874 d. C., cuando Quetzalcóatl se estableció en Tula. La fecha parece concordar con los que serían los últimos años de la fase Corral de Tula Chico.

APORTACIONES DE TIEMPOS RECIENTES

Antes de pasar a describir lo más sobresaliente en los hallazgos arqueológicos que permiten apreciar lo que fue el urbanismo, la arquitectura y la iconografía presentes en Tula, conviene hacer referencia a algunas recientes aportaciones, tanto históricas como arqueológicas acerca de Tula.

Leyendas e historias se entretajan en torno a la figura de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl y la metrópoli de Tula. Fueron algunos mexicas quienes, por vez primera, al responder a las pesquisas de fray Bernardino de Sahagún, trazaron un cuadro de grandeza en el que situaron a la Tula de Quetzalcóatl. Allí floreció la *toltecatoytl*, suma impresionante de creaciones culturales atribuidas a él y a sus seguidores. De ellas quedaron vestigios que, como ya vimos, llamaron ya la atención de algunos moradores de México-Tenochtitlan. Hoy, después de cerca de setenta años de iniciadas formalmente las investigaciones arqueológicas, queda aún mucho por conocer.

Además de que los mexicas habrían de inspirarse en la arquitectura y en otros elementos como las lápidas con bajorrelieves, como puede verse en la que se conoce como Casa de las Águilas en el recinto del

Templo Mayor, también dejaron numerosos testimonios sobre lo que fueron para ellos los toltecas y, en particular, Quetzalcóatl. De entre los varios textos en que describiera la grandeza de la *toltecayaotl*, citaré éste:

En verdad muchos de los toltecas eran pintores y escribanos y también escultores, trabajaban la madera y la piedra, construían templos, palacios y casas, eran artistas de la pluma y alfareros. En verdad los toltecas eran sabios. Sus obras eran todas buenas, rectas, todas bien planeadas, maravillosas.¹⁰

Significativos han sido varios trabajos de Wigberto Jiménez Moreno,¹¹ y también la amplia obra de Nigel Davies, *The Töltecs until the Fall of Tula* (1977). A su vez, debemos a Henry B. Nicholson su libro *Topiltzin Quetzalcóatl, the Once and Future Lord of the Toltecs*, basado en su tesis de doctorado concluida en 1957 que, revisada y enriquecida considerablemente, apareció impresa por vez primera en 2001.

De tema netamente arqueológico son varias de las aportaciones que deben mencionarse. Son muy importantes los informes de Jorge R. Acosta, Hugo Mohedano, Eduardo Matos Moctezuma y otros, hasta los de Alba Guadalupe Mastache, Robert Cobean y Dan Healan. A estos últimos debemos su enjundioso libro *Ancient Tollan, Tula and the Töltec Heartland*, aparecido en 2002. Recordaré además que la prestigiada revista *Antropología Mexicana* ha dedicado su número 85, aparecido en 2005, a la descripción de los más recientes hallazgos realizados en Tula.

Además de estas y otras aportaciones en las que Tula Xicocotitlan y Quetzalcóatl son el foco de atención, mencionaré un reciente trabajo de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, intitulado “Los mexicas en Tula y Tula en Mexico-Tenochtitlan”.¹² Discurren en él los autores acerca de lo que revelan la arqueología y los testimonios escritos sobre lo que fue el interés y presencia de los mexicas en la metrópoli abandonada por los toltecas y, asimismo, lo que hicieron suyo culturalmente para el engrandecimiento de México-Tenochtitlan.

De grande interés resulta lo que exponen en relación con los vestigios que dejan ver cómo los mexicas hurgaron en Tula y aprovecharon en algunos casos sus ruinas, llegando a establecer en su entorno algunos asentamientos. Por otra parte, al referirse a “Tula en Mexico-Tenochtitlan”, describen muchos de los elementos culturales que, por

¹⁰ *Códice florentino*, libro X, f. 1, 17 r.

¹¹ En particular: “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, v. 5, 1941, p. 79-83.

¹² Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, “Los mexicas en Tula y Tula en Mexico-Tenochtitlan”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 38, 2007, p. 33-84.

así decirlo, importaron de la metrópoli tolteca. Este trabajo arroja nueva luz sobre las relaciones entre Tula y Tenochtitlan. Aquí hemos citado ya algunos textos nahuas que justamente hablan de lo que encontraban los mexicas en Tula y de la admiración muy grande que desarrollaron acerca de ella.

De esta relación cultural hablan también varios textos en náhuatl. Recordaré dos muy significativos. Uno asevera que las normas de vida de los mexicas se derivaban de Quetzalcóatl y la *toltecayotl*:

En verdad con él se inició, en verdad de Quetzalcóatl proviene toda la *toltecayotl*, el saber.

Y los sacerdotes así guardaban en Tula sus preceptos como se guardan aquí en México.¹³

El otro texto se refiere al legado de la *tlatollotl*, vocablo que significa “la esencia y el conjunto de la palabra”. Ella, raíz del saber, la heredaron de Tula los mexicas y otros:

Tlatolloyan [donde se halla la esencia de la palabra] estuvo primero en Tula [...] Cuando allí decayó, quedó en Azcapotzalco, en Colhuacan y en Cohuatlinchan. Cuando ellas decayeron, quedó en Tenochtitlan-México, la Tezcoco-Acolhuacan, en la Tlacopan Tepanohuayan.¹⁴

URBANISMO, ARQUITECTURA E ICONOGRAFÍA EN TULA

Conviene anotar desde un principio que el área monumental de Tula está alineada en cerca de 17° hacia el este del norte astronómico. En esto Tula ostenta semejanza con Teotihuacan, como lo han señalado Mastache y Cobean:

Es evidente que esta y otra semejanzas no son casuales [...] y pueden revelar una continuidad en la cosmovisión y en los conceptos ideológicos que compartieron ambas culturas. Aspecto clave es que las llamadas pirámides del Sol en Teotihuacán y Tula están orientadas al poniente.¹⁵

Es cierto, por otra parte, que la planificación de uno y otros centros tienen también diferencias. Una, muy significativa, es que en tanto que

¹³ *Códice matritense de la Academia*, f. 144v.

¹⁴ *Anales de Cucuhitlán*, f. 63.

¹⁵ Mastache, Cobean y Healan, *op. cit.*, p. 92.

en Tula hay una gran plaza central en torno a la cual se erigieron las varias edificaciones religiosas y palacios, en cambio, en Teotihuacan las pirámides y otros edificios se alinearon a lo largo del eje de la *miccaohlli* (avenida de los muertos).

Las pirámides del Sol o Edificio C y de Tlahuizcalpantecuhtli o Edificio B

Una de las más importantes edificaciones situada en el costado oriente de la gran plaza central, la que ha sido llamada Pirámide del Sol, es la que tiene mayor altura en todo el conjunto. Esta pirámide, cuya fachada ve al poniente, tuvo al parecer tres etapas constructivas, de las cuales sin embargo ninguna alcanzó la altura lograda por la pirámide del Sol en Teotihuacan. Como ella, su estructura incluyó tableros y taludes y una escalinata al centro. De esta pirámide tolteca, sólo se conservó su estructura, o, por así decirlo, su esqueleto, de suerte que lo que hoy se contempla es resultado de un proceso de restauración.

El conjunto arquitectónico situado al norte de la plaza, haciendo esquina con la Pirámide del Sol, ostenta muchos elementos de particular interés. Conocida como la Pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli, o Señor de la Estrella del Alba —Edificio B—, fue nombrada así por Jorge R. Acosta debido a la relación que creyó percibir con Quetzalcóatl en virtud de un relieve localizado en una balaustrada, lo que él interpretó como una concha, atributo de esa deidad. Tal motivo aparece con frecuencia en Teotihuacan. Esta edificación se halla integrada por cinco cuerpos escalonados, con una planta rectangular y alcanza cerca de cuarenta metros de altura.

Como en el caso de las pirámides teotihuacanas y de otros lugares, es visible en ésta la combinación de taludes rematados con tableros verticales. Los tableros ostentan bajorrelieves con figuras de águilas y zopilotes que devoran corazones y que alternan con serpientes emplumadas de cuyas fauces sale una cabeza humana, posibles evocaciones de Quetzalcóatl. En la parte superior, los tableros ostentan imágenes en bajorrelieve de jaguares y otros felinos que parecen marchar en procesión. Estas figuras se asemejan a las que se ven en el templo superior del juego de pelota en Chichén Itzá. Los felinos recuerdan también las figuras de animales que aparecen en algunas pinturas murales de Teotihuacan como en el caso de Atetelco. La presencia de águilas y jaguares puede tal vez interpretarse como relacionado con los guerreros conocidos con dichas designaciones.

En lo más alto de esta pirámide se yerguen imponentes figuras en piedra de guerreros ricamente ataviados, los que se han llamado atlantes, que verosímelmente sostenían el techo de un doble adoratorio. Frente a la parte inferior de la fachada se presenta un vestíbulo cuya techumbre estuvo sostenida por tres hileras de columnas. Este vestíbulo se comunica con la plaza central a través de dos escalinatas: la situada al oriente conduce al llamado, en consecuencia, Palacio del Oriente. Las columnas remataban en sus bases con cabezas de serpiente, de las cuales se conserva en el museo de sitio solamente una, separada. En esto hay otra semejanza con el llamado Templo de los Guerreros en Chichén Itzá. De las columnas con cabezas de serpiente en sus bases habla el poema en náhuatl en que se recuerda la salida de Quetzalcóatl de Tula:

En Tula estuvo la casa con techo de madera,
 todavía se hallan allí las columnas con serpientes,
 Nácxítl Topiltzin dejó todo eso
 cuando hubo de partir;
 él es llorado, Nuestro Príncipe
 ya se va,
 va a desaparecer allá en Tlapallan.¹⁶

Sobre las bancas que colindan con las paredes al fondo del vestíbulo se contemplan ondulantes serpientes emplumadas, otra evocación de Quetzalcóatl. Esto parece ocurrir también en el llamado friso de los caciques que, al modo de los pochtecas o mercaderes, llevan auestas un bulto y algunos un abanico en una mano, como se representan en el *Tonalámátl de los pochtecas (Códice Fejérváry-Mayer)*. Importa recordar que Quetzalcóatl en su advocación de Yacatecuhtlí era patrono de los mercaderes.

Cuatro pilares en lo alto, con sus cuatro caras esculpidas en bajo-relieve merecen particular atención. En cada uno de estos pilares se ven representaciones de figuras humanas, dos en la mitad superior y otras dos en la inferior. Al parecer se trata de personajes prominentes acompañados de jeroglíficos y otros símbolos que verosímelmente aluden a sus nombres o atributos. En una de estas pilastras, la del número 3, que se conserva fragmentada, se contemplan las figuras de Tezcatlipoca, Tláloc y, verosímelmente también, la de Quetzalcóatl. En ello se tendría otra alusión a los relatos en los que son protagonistas Tezcatlipoca y Quetzalcóatl.

¹⁶ *Cantares mexicanos*, f. 26v.

El Palacio del Oriente y el de Quetzalcóatl

Al este de la pirámide de Tlahuizcalpantecuhli, es decir del Edificio B, estuvieron dos palacios de los que quedan vestigios. A uno, ya mencionado, se le ha llamado Palacio del Oriente, en razón de su ubicación. Al otro, se le ha adjudicado el nombre de Palacio de Quetzalcóatl, o Edificio 1. Se ha supuesto que en esas amplias edificaciones verosíblemente habitaban los dignatarios de más alto rango. En la que recibe el nombre de Palacio de Quetzalcóatl se ha pensado que bien pudo ser el recinto donde residía Ce Ácatl Topiltzin.

En el primer cuarto del Palacio del Oriente hubo un altar rectangular. En la cornisa de éste hay varios bajorrelieves que representan una procesión de dignatarios muy ataviados y arriba de ellos serpientes emplumadas que se extienden en forma ondulante. A ellas se han referido algunos arqueólogos desde los tiempos de Jorge R. Acosta como evocaciones del gran sacerdote Quetzalcóatl. Del palacio al que se ha dado su nombre, puede decirse que las excavaciones realizadas hasta ahora en él muestran que su entrada no daba a la plaza principal sino al oeste y aun pudo haber otra orientada hacia la que se ha llamado Plazoleta Norte, entre el Coatepantli o “muro de serpientes” y el Juego de Pelota 1.

El Palacio Quemado

Al oeste de la Pirámide B, o de Tlahuizcalpantecuhli, se halla el que se conoce como Palacio Quemado, estructura de muy grande interés. Consiste en una compleja edificación de noventa por sesenta metros. En ella hay tres grandes salas cuyas techumbres estuvieron sostenidas por columnas. En el centro de cada sala hay un impluvio, como ocurre en el caso de algunos palacios teotihuacanos. En la parte posterior hay seis cuartos, verosíblemente habitaciones, y en sus extremos sur y norte columnatas que integran un largo vestíbulo.

Este palacio es una muestra magnífica del arte arquitectónico alcanzado por los toltecas. Las entradas de cada una de sus tres salas tienen diferentes orientaciones: al este, oeste y sur, esta última hacia la plaza central. Es verosímil que en el interior de cada sala haya habido manifestaciones del arte tolteca. Cabría pensar que a ellas pudieran aludir los textos incluidos en el *Códice florentino* que exaltan la

grandeza de los palacios de Quetzalcóatl.¹⁷ En torno a estas salas —con excepción de su lado oriente que colinda con la pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli— se extienden vestíbulos cuyos techos estuvieron sostenidos por largas hileras de columnas. En el interior de las tres salas, como ya se dijo, otros conjuntos de columnas desempeñaban una función paralela. Es de interés notar que en las dos de los extremos las columnas tenían forma circular. De esta característica habla otro texto del *Códice florentino*.

En la parte posterior de la sala central hay un pequeño recinto cuyo piso estuvo algo más elevado y que probablemente albergó un *sancta sanctorum*. En él estuvo lo que parece haber sido un altar cuyo friso incluye la representación de figuras humanas que ostentan imágenes de la Serpiente Emplumada, otra vinculación con Quetzalcóatl.

Cuando Acosta excavó estas salas pudo percibir rastros de haber sido quemadas sus techumbres, de lo que se derivó el nombre dado a este palacio. En la Sala 1, o sea la que mira al oriente, se conservan en bajorrelieve buen número de figuras humanas, en posición reclinada. Son personajes con atavíos claramente toltecas y con imágenes de la Serpiente Emplumada.

Otras relaciones entre la tradición conservada en las fuentes puede encontrarse en los bajorrelieves que se hallan en la sala central del palacio. Se representan allí dos procesiones, una de derecha a izquierda y otra en sentido opuesto. En opinión de varios arqueólogos, se trata de dignatarios, algunos de los cuales portan instrumentos musicales, en tanto que otros aparecen armados. Más que compararse con los representados en algunas láminas de la *Historia tolteca-chichimeca*, guardan cierta semejanza con los que aparecen en la última parte del *Códice borbónico*, la que trata de las fiestas a lo largo del año.

A un lado de la entrada a uno de los cuartos que se hallan al fondo de esa sala hay una banca en cuya cornisa se ven imágenes serpentinadas que han sido interpretadas, unas como representaciones de Mixcóatl y, otras, de Quetzalcóatl. Elemento que relaciona a Tula con Chichén Itzá y con Tenochtitlan es una escultura de Chac Mool que estuvo colocada frente al altar de la misma sala central.

En tanto que el Edificio J, al sur de la Pirámide del Sol, la de Tlahuizcalpantecuhtli y el Palacio Quemado, forman un ángulo recto oriente-norte, las otras construcciones, es decir el Juego de Pelota y el Edificio K, de menor monumentalidad, cierran la plaza central por el oeste y el sur.

El Juego de Pelota 2, que se ubica frente al *tzompantli* o “muro de cráneos”, se extiende de norte a sur a lo largo de 142 metros con una

¹⁷ *Códice florentino*, v. I, libro III, f. 9r.

anchura de 60. Eduardo Matos Moctezuma lo excavó a principios de los años setenta del siglo pasado. Fue entonces cuando se restauraron los dos cabezales de la cancha del Juego de Pelota, así como de los muros en talud que la delimitan. Como lo han señalado Mastache y Cobean, este juego de pelota guarda semejanzas con el de Chichén Itzá, tanto en sus proporciones como en su ubicación en relación con otras edificaciones. En Tula, además de este juego de pelota designado con el número 2, hay otros, uno de los cuales, de menor tamaño, es al que se ha adjudicado el número 1 y se halla al norte del *coatepantli*.

Resta mencionar la existencia de dos edificaciones más que cierran la plaza central. Son ellas los llamados edificios K y J. Lo excavado hasta ahora en ellos deja ver que seguramente fueron palacios destinados a funciones tales como la administración, el comercio o la guerra. En uno y otro de estos palacios, los vestigios descubiertos muestran la existencia de salas y espacios cuyos techos estuvieron sostenidos por columnas. Como ocurre en otros de los recintos que circundan a la plaza central, también allí se han encontrado lápidas con bajorrelieves. Los bajorrelieves, localizados en varios edificios y monumentos, como las pilastras en lo alto de la Pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli son una especie de códices en piedra. Proporcionan ellos información acerca de la vida, creencias y ceremonias, tal y como se desarrollaban en Tula. Algo parecido cabe decir del que se conoce como Edificio 4, situado en el ángulo noreste, al oriente de la Pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli y al norte de la del Sol. El Edificio 4 ha sido excavado tan sólo en parte.

Cabe decir que en el centro de la gran plaza central existió un adoratorio o *momoztli* que también ostentó bajorrelieves.

TULA EN EL ESCENARIO DEL TIEMPO

Ya se dijo que el desarrollo urbanístico de los toltecas abarcó más de cuatro siglos. En ese lapso de larga duración fueron muchas las transformaciones que se produjeron. Los arqueólogos han establecido tentativamente una cronología al respecto. Entre 550 y 600 d. C. en la región de Tula hubo asentamientos en los que estuvo presente la influencia teotihuacana a fines ya del periodo clásico. Ello ocurrió en lugares como La Mesa, Magoni, Atitalaquía y El Águila. Aproximadamente un siglo más tarde, Tula Chico y otros asentamientos comenzaron a existir. Dos fases se han podido distinguir situadas en el epiclásico: las llamadas Prado (650-750 d. C.) y Corral (750-850). Robert Cobean, con base en el estudio de la cerámica que apareció en el área de lo que llegó a ser la

metrópoli tolteca, pudo establecer lo que llamó “el complejo de Tula”, situado ya dentro del posclásico temprano a partir de *c.* 900 d. C.

Fue entonces cuando se dejaron sentir las más grandes transformaciones en Tula, entre otras cosas en los tipos de cerámica allí localizados, en la rica iconografía presente en lápidas, pilastras y otros objetos. Durante esta fase de Tula se elevaron las grandes edificaciones fuera y dentro de la ciudad en varias etapas constructivas. Y también fue en esta fase cuando se torna presente la figura de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl. De las creencias y pensamiento religioso de éste hablan algunos textos. Ya vimos que el *Códice florentino* dice que a un solo dios adoraban llamado Quetzalcóatl, del cual tomó Topiltzin el suyo propio. A su vez, *La leyenda de los soles* precisa que esa deidad era dual y menciona varias de sus advocaciones. La arqueología, por su parte, muestra la existencia en Tula de numerosas efigies de Tláloc, algunas de Tezcatlipoca y una o dos al menos de Yacatecuhtli, el dios de los mercaderes, así como una escultura con la representación de la piel de un desollado, que deja entrever un culto a Xippe Tótec.

Al periodo de esplendor que se desarrolló durante dicha fase, entre 900 y 1150 d. C., siguió la que se ha designado como Fase Fuego, a partir de la cual se produjo la ruina de Tula, con la subsecuente llegada de otras gentes, entre ellas los mexicas.

Cabe destacar que durante la fase del esplendor de Tula coexistieron en ella numerosos núcleos de población, algunos de los cuales ya preexistían. Se erigieron asimismo, fuera del gran centro de la ciudad, algunos palacios como el que exploró Desiré Charnay y bautizó con el nombre de Palacio Tolteca.

Los arqueólogos han podido localizar numerosos asentamientos, algunos tenidos como “barrios”. Sucintamente Mastache y Cobean han expresado al respecto:

Durante el posclásico temprano, Tula y los lugares de su entorno integraban una unidad política y económica. Su población urbana y rural formaban parte de un todo. Constituían una entidad orgánica en la que no se puede entender a la una sin la otra.¹⁸

Los asentamientos periféricos tuvieron variadas características. Algunos parecen haber estado integrados por edificaciones un tanto suntuarias, mientras que otros se muestran como de la gente del pueblo. Hubo también complejos habitacionales en torno a una plaza, con

¹⁸ Mastache y Cobean, *op. cit.*, p. 179.

algunas construcciones destinadas a propósitos religiosos y administrativos. El conjunto de esta vasta red de asentamientos puede describirse en términos modernos como “el área metropolitana” de la Tula Grande. Fue ella cabeza de lo que parece haber sido una especie de “imperio” con una operante organización social, política, económica, militar y religiosa. La arqueología deja ver que desde Tula operaba un eficiente sistema de comercio y también desde allí se emprendían guerras de conquista.

Pertinente parece aducir aquí lo que expresa la *Historia tolteca-chichimeca* sobre lo que era Tula antes de la final dispersión de sus habitantes. Su texto en náhuatl, que en numerosos lugares está acompañado de pinturas y signos glíficos, hace frecuentes referencias a dichas imágenes. Así, en uno de los primeros párrafos del texto, en los que se narran los enfrentamientos entre los tolteca-chichimecas y los nonohualcas por causa de Huémac, que aparece como último gobernante de Tula, se dice, señalando verosímilmente un mapa:

Izcatque in ialtipepohuan in tolteca in imacicayo in catca in hueycan Tollan centecpantli in altepetl, in ima, in icxi mochiuhticac. In toltecatl in iyapo in itepepo catca zan oncan xixique in hueycan Tollan.

He aquí los pueblos que pertenecían a los toltecas, los que eran parte de la gran Tula. Eran veinte poblaciones que constituían sus manos, sus pies. Eran los pueblos de los toltecas cuando se dispersaron desde allí, de la gran Tula.¹⁹

La referencia a las veinte poblaciones que servían cual “manos y pies” a los toltecas, puede interpretarse como indicación de que eran muchos sus tributarios, entendido el número veinte como denotando un número elevado. Pero, dado que en la misma *Historia tolteca-chichimeca* se incluye una lista con los nombres de varias de esas veinte poblaciones, ha sido posible identificar la ubicación de algunas que se hallan en territorio huasteco. Jiménez Moreno y, más tarde, Nigel Davies consideran que hay evidencias de penetración tolteca en algunos lugares de los actuales estados de Morelos, Puebla, Veracruz y Oaxaca.²⁰

¹⁹ *Historia tolteca-chichimeca*, edición de Paul Kirchhoff, Lina Odena Güemez y Luis Reyes, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 131-132.

²⁰ Davies proporciona amplia información, basada en varios testimonios históricos y arqueológicos acerca de las posibles áreas de penetración y dominación tolteca en distintos lugares de Hidalgo, Morelos, Puebla y Oaxaca. Además, admite una entrada tolteca en Chichén Itzá. *The Toltecs the fall of Tula*, p. 296-245.

Algunas cuestiones pendientes acerca de Tula

Hay que reconocer que acerca de Tula subsisten numerosos problemas hasta hoy no del todo resueltos. Uno se refiere a las formas de gobierno imperantes en ella. Pudiéndose inferir la existencia de estratos sociales, cabe también suponer que había en ella estamentos con diversas funciones especializadas, gobernantes supremos, miembros de una nobleza, sacerdotes, maestros en las escuelas, mercaderes, artesanos y agricultores. La cuestión de si había un solo gobernante supremo o si sus funciones eran compartidas por dos o más, no está aclarada. Probablemente, como ocurrió entre los mexicas y otros pueblos durante el posclásico medio y tardío, también en Tula el gobernante supremo estuvo asistido por uno o más miembros de la más elevada nobleza. Cabe recordar la presencia en Tenochtitlan de un *cihuacoatl* que asistía constantemente en sus funciones al supremo *tlahtoami*.

Otra cuestión se refiere a lo que fue la relación entre Tula y Chichén Itzá. Es cierto que una y otra ciudades ostenta estructuras arquitectónicas, elementos iconográficos y otras manifestaciones culturales muy semejantes. La pregunta ha sido ¿cuál de los dos centros influyó preponderantemente sobre el otro? Por mi parte pienso que hay testimonios que pueden conducir a elucidar esta cuestión. El más evidente se halla en las fuentes del área mayense. El *Popol Vuh*, varios libros de los Chilam Balanes, así como los *Anales de los Cakchiqueles* hablan de la llegada de gentes procedentes de *Tollan*, seguidores, según se decía, de un personaje que se conoció como Kukulcán y Gukumatz.

Otro indicio lo tenemos en lo que refieren textos como los *Anales de Cuauhtitlán*, el *Códice florentino* y varios relatos en español que evocan la salida de Quetzalcóatl de Tula con rumbo al oriente. También puede aducirse la introducción en varias lenguas mayenses de vocablos nahuas como *tepeuh* (conquistador); *macehual* (gente del pueblo), *chimal* (escudo), *tenamitl* (lugar con muralla de piedra) y otras más.

Sin que pueda presentarse todo esto como definitivo, es razonable asumir que fueron los toltecas quienes influyeron en Chichén Itzá.

Una última cuestión es la que plantea quién fue Quetzalcóatl y qué lugar ocupó en la secuencia dinástica que reinó en Tula. Son varios los nombres de gobernantes de esta metrópoli que aparecen en textos como los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Relación breve de Culhuacán*, de Chimalpáhin y otros en castellano, como la *Historia de las genealogías* y la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. Y aunque hay diferencias, en un punto parecen coincidir. Hay tres personajes claves en la secuencia dinástica tolteca: Mixcóatl, Quetzalcóatl y Huémac. Entre otros, Wigberto

Jiménez Moreno, Paul Kirchhoff y Alfredo López Austin han expuesto diversas interpretaciones al respecto.

Kirchhoff en un artículo titulado “Quetzalcóatl, Huémac y el fin de Tula”, sostuvo que podían plantearse dos posibilidades acerca del primero: una es que Quetzalcóatl haya sido el primer gobernante de Tula; la otra es postular que el mismo y Huémac hayan sido contemporáneos y que sus respectivas existencias coincidieran con el fin de Tula. Kirchhoff, que dió entrada a una discusión en torno a esto, postuló como sostenible la segunda hipótesis.

López Austin, por su parte, vio en la figura de Quetzalcóatl el prototipo de los hombres-dioses. De estos dice: “La creencia en hombres-dioses, en la relación entre dos personas distintas, una humana y otra divina de la que la primera es portavoz y representante, ha sido descubierta hace ya mucho tiempo por los historiadores.”

Aduciendo luego varios testimonios, entre ellos los que hablan del fin del hombre-dios, cita lo que refieren los *Anales de Cuauhtitlán* sobre la transformación de Quetzalcóatl en la estrella del alba. Otro elemento que conduce a la identificación de Quetzalcóatl con el dios del mismo nombre lo halla en la fecha *Ce-Acatl* (1-Caña) que fue la del nacimiento del señor de Tula y la de su partida de ella y la misma, en un ciclo futuro, en la que habrá de regresar. Tomando en cuenta esas y otras correlaciones, López Austin se ocupa luego de la vida y la historia del hombre-dios en función de la cual enmarca la de Quetzalcóatl. Hipótesis es esta de considerable interés, pues vino a ser una nueva interpretación de la trayectoria legendaria e histórica de Quetzalcóatl.²¹

Respetando puntos de vista como éstos, presentaré aquí otra hipótesis. Consiste ella en suponer que al sacerdote que, según los *Anales de Cuauhtitlán*, adoptó el nombre del dios de la Serpiente Emplumada, siguieron otros sacerdotes y gobernantes que fueron tenidos como personificaciones del mismo Quetzalcóatl.

Una cosa es evidente. No es posible que fuera una misma persona a la que se refieren los textos que hablan de su entronización en Tula hacia fines del siglo IX d. C. y quien tuvo que abandonar esa metrópoli, acosado por los seguidores de Tezcatlipoca, al ocurrir la ruina de esa ciudad hacia mediados del siglo XI d. C. Tampoco es sostenible que fuera él mismo quien gobernó en Tula y apareció siglos después en Yucatán, Guatemala y otros lugares. Y menos aún es aceptable que, ya en el posclásico medio y aún después, debían acudir a él los que de diversos lugares buscaban legitimar su poder.

²¹ Alfredo López Austin, *Hombre-dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, segunda edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, p. 116.

De todo esto cabría deducir que el nombre y título de Quetzalcóatl, conocido también como Nácxit, Kukulcán y Gukumatz, y otros apelativos más, fueron asumidos por varios personajes que, en razón de sus atributos y acciones, se hicieron acreedores a semejantes apelativos. Una tardía muestra de esto la ofrece el que, en tiempos de los mexicas, hubiera dos supremos sacerdotes que ostentaban el título de Quetzalcóatl: Tótec Tlamacazqui Quetzalcóatl y Tláloc Tlamacazqui Quetzalcóatl.

Varios ejemplos ofrece la historia de cómo esto o algo parecido ocurrió en otros tiempos y lugares. En Roma, más de un emperador asumió el nombre de César. En la Edad Media y en tiempos modernos, ese mismo nombre pasó a convertirse en título de los emperadores germanos que se conocieron como káiseres, y en Rusia los zares hicieron otro tanto. Caso aparte presenta el Tíbet, donde prevalece la creencia en sucesivas reencarnaciones de quien se reconoce siempre como Buda.

Citaré aquí una parte del discurso que pronunciaba un dignatario respondiendo al *huey tlahtoani*, el recién electo gobernante supremo. Entre muchas cosas, le hace ver que sus preciadas palabras han sido escuchadas y conservadas por la gente del pueblo pero también, y sobre todo, “por los nobles hijos de nuestros señores”, quienes pertenecen al linaje de los *pipiltin*. Ellos, de los que se afirma que descienden de Quetzalcóatl, son a quienes corresponderá gobernar:

Aquí también se apropian [de tu aliento, de tu preciosa palabra] los nobles, hijos de nuestros señores, los que son de su linaje, realidades preciosas, jades, ajorcas, los nobles hijos de él, sus hechuras, los descendientes de nuestro príncipe Quetzalcóatl, los que poseen su arte, su encantamiento. Por esto han venido a vivir, por esto nacieron. Lo que les corresponde, su merecimiento, es la estera, la silla de mando, son ellos los que llevan a cuestras, los que llevan la carga del mando. Así luego vinieron a la vida, así nacieron, así fueron creados, cuando aún era el amanecer, se dispuso, se determinó que ellos fueran señores que ellos gobernarán [...]²²

Un tanto extraño suena que se hable allí de “descendientes” de Quetzalcóatl, del cual sostienen varias fuentes que no los tuvo. ¿Podrá entenderse entonces tal afirmación en otro sentido? ¿Tal vez en cuanto predestinados para ocupar el puesto del mismo Quetzalcóatl?

Un hecho resulta, más allá de todo esto, evidente. Los nombres de Tula y Quetzalcóatl, unidos estrechamente, han dado lugar a una saga o relato legendario que habla de las grandes creaciones que integran la *toltecayotl*. Pero como ha ocurrido también en otros contextos,

²² *Códice florentino*, libro VI, f. 67v.

grandezas tan ponderadas o aun más que la de Tula, tuvieron un fin. Se narra en la *Leyenda de los soles* que hubo un tiempo que en Tula no hubo ya tranquilidad. Se dice que gobernaba Huémac con otros tres dignatarios, “a los que había dejado allí Topiltzin”. Fue entonces cuando:

Huémac jugó a la pelota con los *tlaloques*, los servidores del Dios de la lluvia. Estos dijeron: ¿qué apostaremos? Huémac respondió: jades y plumajes de quetzal. Luego jugaron a la pelota y venció Huémac. Los *tlaloques*, en vez de jades le ofrecieron mazorcas tiernas de maíz. Pero Huémac las rechazó. Éstas no son jades ni plumajes de quetzal. Traédmelos. A lo cual dijeron los *tlaloques*: tómalos. Ahora en verdad esconderemos nuestros jades —las mazorcas tiernas de maíz— y los toltecas padecerán hambruna durante cuatro años [...]. Por esto muchos toltecas perecieron.²³

Grandes sufrimientos padecieron. Iba ya a terminar la existencia de Tula. Cuando pasaron los cuatro años, aparecieron los *tlaloques* en Chapultepec. Del fondo del agua trajeron consigo el maíz y los otros mantenimientos que mostraron luego a un tolteca. Esta pregunta le hicieron: “¿conoces tú esto?” Cuando ese tolteca comunicó lo ocurrido a Huémac, se afligió y dijo: “Esto va a ocurrir a los toltecas; habrán de sucumbir”. Los *tlaloques* dijeron entonces:

Ca achitzin in oncuatiaz in toltecatl,
ca ye polihuiz in toltecatl,
ca ye onoz in mexicatl.

Porque por poco tiempo comerá el tolteca,
porque ya va a perecer,
y aquí vivirá el mexica.²⁴

El relato, que hay que atribuir obviamente a los mexicas, concluye en forma lapidaria con estas palabras: “Entonces se fue Huémac a Cincalco, la casa del maíz, en donde, perseguido, se ahorcó”. Versión es ésta, desde luego no la única, de cómo Tula llegó a su fin.

²³ *Leyenda de los soles*, en *Códice Chimalpopoca*, f. 82.

²⁴ *Lot. cit.*